



LA LOCURA DE LA INDEPENDENCIA

Hernán G. H. Taboada

Me dejé llevar por la locura.
Miguel Hidalgo y Costilla

Sólo metafóricamente debe entenderse la frase del cura Hidalgo, pero hay una novela, escrita por el colombiano Tomás Carrasquilla titulada *La marquesa de Yolombó* (1928), en que la protagonista, realista ferviente, enloquece en vísperas de la independencia debido a un desengaño amoroso y cuando recobra la cordura se percata que a su alrededor todo es absolutamente distinto, el mundo republicano que ella no quiere aceptar. Nacido en 1858 de vieja familia criolla, el multiusos provinciano que fue Carrasquilla supo recoger cantidad de tradiciones sobre la Antioquia de las décadas anteriores y en este apunte sobre la locura merece nuestra atención.

Nuestra salud emocional es extremadamente frágil, aun mínimas perturbaciones cotidianas la afectan, y éstas pueden depender de las perturbaciones en los cuerpos sociales que nos contienen. En estos tiempos de crisis se leen a menudo tristes noticias de suicidios y de actos desesperados entre individuos afectados en su seguridad, sus finanzas o su familia. Verdad es que las poblaciones enfrentadas al desastre perpetuo desarrollan una mayor resistencia a la frustración, pero también en ellas los eventos calamitosos originan casos análogos de desorden mental y muchos son los que nuestra historia ejemplifica cuando “vinimos, denodados, al mundo de las naciones”, al decir de José Martí, cuando la emancipación y las décadas que siguieron nos trajeron la incertidumbre, la violencia, la arbitrariedad y los reveses de fortuna.

Un cambio psicológico general fue el resultado, tempranamente detectado por algunos médicos argentinos que redactaron varios trabajos a partir de Diego Alcorta con su *Disertación sobre la manía aguda* (1827), y luego con acopio de mucho más material por José María Ramos Mejía en su obra sobre *Las neurosis de los hombres célebres en la historia* (1878), que fue continuada por José Ingenieros con *La locura en la Argentina* (1919). Si bien ambos autores utilizaban un lenguaje propio de la ciencia de la época que hoy resulta anacrónico, empeñándose el primero en

relacionar la insania con la genialidad, y por ende a centrarse en los individuos prominentes, ambos trabajos tienen el mérito de haber señalado un problema, que autores posteriores dejaron de lado. Sobre el cimientito que establecieron es posible ampliar el horizonte para el conjunto de la América que se independizaba de España en medio de historias trágicas que terminaron en la confusión mental.

Hablaba Ramos Mejía de varias causas, señalaba la brusquedad con que se pasó del clima apacible de la colonia a los nuevos tiempos revueltos, con encomiable acierto, aunque la peculiaridad del lenguaje haya hecho caer en el olvido sus intuiciones:

En medio de aquella “bancarrotta moral”, las emociones súbitas y variadísimas, la ambición, la vanidad herida, la alegría misma, el terror, la cólera determinando cambios bruscos e intensos en todas las funciones cerebrales, el dolor moral, el trabajo físico, la envidia y el rencor, agregándose a todas ellas las influencias climáticas y hereditarias, provocaban esta irritación intensa del encéfalo determinando esas exaltaciones patológicas que se traducen por actos extravagantes, insólitos y muchas veces sangrientos [...] Se comprende que este estado deplorable del espíritu, agravándose cada vez más, diera más tarde nacimiento a otros fenómenos de origen nervioso, pero de un fondo patológico más acentuado. A esta categoría pertenece el desarrollo relativamente considerable del histerismo en sus diversas formas en algunas provincias argentinas, cuyo aumento se hizo más sensible bajo el reinado del terror.

Inseguridad, y posiblemente la ludopatía, fue una de sus consecuencias: la pasión por el juego es descrita a menudo, las enormes sumas en baile, la pasión de los apostadores, pero la última causa mencionada merece más atención. El miedo, en efecto, se convirtió en parte de la vida cotidiana. Años después el ecuatoriano Juan Montalvo daría como cosa sabida que “los héroes más feroces de la independencia

son célebres por el miedo a los difuntos”, que los más temibles llaneros “no podían dormir solos en un cuarto”. Hubo quien como recurso fingió la locura, como el estanciero conocido por María Graham en Chile, de escasas palabras y habla perturbada, pero que a solas revelaba juicio que debía ocultar ante el peligro de persecuciones políticas, pero otros no tuvieron que fingir nada.

Un detallado relato en las memorias del neogranadino José Hilario López recupera los días en torno a su condena a muerte, que al final fue un simulacro de fusilamiento, comedia que no era rara. Esa experiencia del que era un joven de dieciocho años y de sus compañeros tuvo consecuencias: años después uno de ellos narraba el hecho y al llegar al episodio de la descarga de fuego súbitamente se calmaba y se olvidaba de todo; de otro se creía que “sufrió su cerebro cierta desorganización por algunas extravagancias que se le observaban y raptos como de locura [...] en cuanto a mí, yo estaba persuadido que nada había sufrido, aunque algunas personas notaban que me solía distraer en la conversación y me lo advertían; pero después he observado que mi memoria no es tan feliz como antes del acontecimiento”.

Hay más ejemplos. Los hermanos Robertson nos cuentan cómo hacia 1815, cuando invadieron los indios la ciudad de Corrientes, dos hombres se murieron de miedo y el alcalde estuvo a punto de perder la razón. Una patriota chilena, mujer del pueblo, debido a los maltratos de los realistas “quedó extraviada su mente en todo menos en las cosas de la patria”, con la que colaboró útilmente contra los realistas. Recogió la tradición oral Vicente Fidel López, que plasmó en la novela *La loca de la guardia* (1854). Las atrocidades que presenciaba tuvieron el mismo efecto en el militar español Miguel Serrano, a las órdenes del realista Ignacio Elizondo en Nueva España, que “comenzó a enloquecer y tomó la idea, a la vista de las ejecuciones ordenadas por Elizondo, que éste lo quería matar a él también”, por lo que se le adelantó asesinandolo, y vengando así sin querer la traición de Elizondo a Hidalgo.

La pérdida de los seres queridos afectó a muchos, y la curiosidad fue llamada hacia las historias románticas de trágico fin. El *Facundo* de Sarmiento (1845) cita el caso de una joven que al recibir la sortija enviada por su prometido antes de ser fusilado, “dio en cambio la razón, que no ha recobrado hasta hoy, la pobre loca”. Hechos tristes que trascendieron al conocido vals criollo *La loca de amor* (1938) que al parecer recogía una tradición popular del siglo anterior.

Aunque menos graves, las pérdidas económicas también tuvieron sus efectos mentales. “¡Los ricos se han vuelto pobres y los pobres se han vuelto locos!”, clamaba un enfermo en la Montevideo que había sufrido un percance

tras otro. Las extorsiones, persecuciones y chantajes continuos hicieron de los españoles de Buenos Aires seres vagantes “como fantasmas de Estigia, con un algo en las miradas que el lenguaje no puede retratar”. Años después se vio en la misma ciudad a un rico exportador que “tuvo varios buques y los perdió, y cuando se encontró arruinado se volvió loco” y recorría las calles de Buenos Aires armado de un garrote y seguido de multitud de perros.

En lugares distantes, dos viajeras contaron desgracias similares: en Arequipa encontró Flora Tristán a dos hermanos de una rica familia criolla afectados por las contribuciones forzosas: “doña Mariquita estaba tan vivamente afectada por las extorsiones cometidas contra todos ellos y por los ultrajes y diatribas dirigidos contra el obispo, a quien ella quería tiernamente, que su salud había quedado profundamente quebrantada y su razón vacilante. Tenía los ojos fijos, la mirada extraviada, los gestos bruscos. El sonido áspero de su voz no correspondía al sentido de sus palabras”. Y el obispo, su hermano, “no decía ya una sola palabra, no hacía movimiento alguno, tenía los ojos obstinadamente fijos en el anillo que llevaba en el dedo”. La segunda viajera es Fanny Calderón de la Barca, quien al visitar el manicomio de la ciudad de México conoció, entre otros desgraciados, a un fraile cuya historia era la siguiente: había sido comerciante y había logrado reunir cerca de cuarenta mil pesos; en el camino a México fue asaltado y despojado de ellos, y herido. Como consecuencia renunció al mundo y se hizo franciscano pero empezó a tener accesos de locura y tuvo que ser recluido.

Otros casos se pueden agregar, y los autores citados lo hacen. Pero con estos alcanza para arrojar otra luz sobre la cotidianidad que rodeó el nacimiento de nuestros países y se puede ir más allá de lo anecdótico para sacar algunas conclusiones generales que no he visto expuestas en la bibliografía: la salud mental no era excelente y nuestros países nacieron bajo la égida de mentalidades perturbadas. Cierta argumento conservador, antes y ahora, sacará de ello elementos para condenar el movimiento: se lo vio en esos tiempos, con el historiador absolutista Mariano Torrente (1830), quien subraya las “imaginaciones exaltadas”, los “espíritus bulliciosos” y, en épocas más cercanas, cuando entre los desastres de la Segunda Guerra Mundial escribió Salvador de Madariaga su hostil biografía de Bolívar, publicada en 1951, en la que supuso que el biografiado había vivido “constantemente bajo la amenaza de la disrupción total y por lo tanto el derrumbe de la conciencia [...] una vida imperial de gloria era la única alternativa a una vida miserable de naufragio mental”.

Mi reflexión va por otros rumbos. Emprendiéndolos desde la época colonial, no veo en ella la vida idílica sin sobresaltos de cierta leyenda. Si eso podrían sugerirnos las alejadas poblaciones inmersas en el aburrimiento y con

Nuestros países nacieron bajo la égida de mentalidades perturbadas

cierta abundancia material, los documentos dan pie para sospechar que aquello era también un infierno donde los desórdenes mentales no faltaban, en parte consecuencia del alcoholismo, de la indigencia, de la reclusión forzosa en conventos, del clima mismo asfixiante de pueblo chico (valga la alusión a la sabiduría popular). La Inquisición tenía que intervenir a veces, y sus archivos proporcionaron abundantes datos, recogidos por cronistas con variados intereses. Hay constancia de instituciones destinadas a albergar a los locos, evidencia anecdótica de casos especialmente llamativos, de personajes curiosos y hasta algunas estadísticas.

Posiblemente, como muchos otros desórdenes, los mentales estaban contenidos en el vasto imperio donde no faltaba la criminalidad ni las revueltas sociales, pero donde existía cierta normalidad, un sistema burocrático aquejado de corrupción y rutina, en el que los trámites, los ascensos y las jubilaciones seguían un curso bastante previsible, un orden social en el que la obsecuencia de los inferiores estaba asegurada y la impunidad tenía sus límites. La atención a los males mentales sólo nos llegó entre las novedades del siglo XIX, y de ahí los estudios más numerosos.

Es cierto que el terremoto revolucionario afectó el equilibrio mental. Muchos tuvieron la sensación de ser protagonistas en revoluciones epocales de alcance mundial, cambio estimulante que conllevó transformaciones de carácter, general e individual, como las que experimentaba el medroso y culto sacerdote Benito María de Moxó, que de su inseguridad saltó de repente a la seguridad bañado en alegría en defensa de la causa realista. Su correligionario Francisco Heredia insistía en la anterior dulzura de carácter de los americanos, atestiguada entre otros por Alexander von Humboldt, y el cambio posterior: “nunca creí que los caraqueños, nacidos bajo los trópicos y suaves y dulces hasta en las modulaciones provinciales de su lenguaje, fuesen capaces de venganza tan bárbara y feroz”. El abogado porteño Mariano Moreno, de rígida religiosidad que lo llevaba a practicar penitencias de azotes, se transformó en el severo jacobino que la historia retrató.

Los patriotas preferían hablar de una nueva valentía, como expresan unos versos del poema “La victoria de Junín” (1825), de José Joaquín de Olmedo: “¿Son éstos los garzones delicados / entre sedas y aromas arrullados? / los hijos del placer son esos fieros?” Es decir, que a su juicio la revolución había producido un viril despertar de los americanos, como comenta en una nota a pie de verso: “nadie puede decir de lo que es capaz el hombre antes de

El miedo se convirtió en parte de la vida cotidiana

llegar el momento preciso de desenvolver sus dotes naturales, ocultas o sofocadas por las costumbres o vicios de cada clima, por la educación y la política de los gobiernos”.

Aquellas décadas increíbles elevaron al primer plano a personajes que en el antiguo régimen habrían quedado relegados a funciones menores, figuras estrambóticas como Simón Rodríguez, Servando Teresa de Mier, el padre Castañeda en Argentina o el “loco” Bernardino Tapia, que en los Andes erraba entre las comunidades predicando extrañas interpretaciones de la historia y el presente, encontrando oídos atentos. Hasta figuras rectoras presentaban rasgos de desequilibrio: notoriamente, el dictador paraguayo Gaspar Rodríguez de Francia, Bernardo de Monteagudo, al que la leyenda retrata revolcándose entre la nieve para calmar sus furores, sin quedar excluidos Francisco de Miranda, al que Napoleón Bonaparte consideraba “un loco animado de una chispa de fuego sagrado”, ni Simón Bolívar, al que la propaganda de entonces, pero también observadores favorables, calificaron de loco, de raro. Otros también recibieron este apodo: la “amable loca” que fue Manuela Sáenz para Bolívar. Distinto es el caso de Argentina, donde cantidad de personajes recibieron el sobrenombre, aunque la denominación derivara de alguna leve excentricidad o incluso, como ocurrió hace unas décadas, de un apelativo hasta cariñoso: “el loco” Lavalle y “el loco” Alvear, pero también Dorrego, Rosas, Monteagudo, Lafinur, Echeverría, Mitre, Wilde, Goyena, Mansilla, Magnasco, Sarmiento...

A veces, sin embargo, aun en Argentina, sobresalen episodios en los que los rasgos anómalos son llamativos, como es el caso de Juan Manuel de Rosas o de Domingo Faustino Sarmiento. Ello es extensivo a toda la América: los lamentables episodios de insania derivaban tanto de las vicisitudes de los nuevos tiempos, como del estallido de ansiedades acumuladas en la vida personal y social durante el Antiguo Régimen. La emancipación significó el derrumbe mental para algunos, pero para otros fue una liberación de efecto catártico y para nosotros, hoy, la comprobación de que las sociedades requieren de cierta locura para enfrentar el orden de cosas vigente. ■

Hernán G. H. Taboada (Buenos Aires, 1956). Profesor de historia por la Universidad de Buenos Aires, maestro en Estudios de Medio Oriente por El Colegio de México y doctor en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Fue editor de la revista *Cuadernos Americanos* y es actualmente investigador en el Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe – CIALC de la UNAM. Su libro *La sombra del Islam en la conquista de América*, publicado por el Instituto Panamericano de Geografía e Historia y el FCE, apareció recientemente.